

Las violencias machistas durante la pandemia: una mirada interseccional

Por Rita Segato



La pandemia visibilizó el carácter político del estar dentro de casa

y abrió una brecha de futuro interesante: al mismo tiempo que el espacio íntimo se abrió e ingresamos al mundo público desde él, el espacio público ingresó dentro de la casa

Estamos frente a una situación que nos obliga a pensar más de lo que hemos pensado hasta ahora. Porque la pandemia puede ser entendida como un verdadero laboratorio para entender un gran conjunto de cuestiones. Puede ser entendida como una especie de escáner, o sea, como una gigantesca máquina de es-

cáner o de rayos X que circunda el globo y va mostrando aspectos que no son visibles porque el cotidiano, el sentido común, los oculta; porque nuestras costumbres, nuestras rutinas, no nos los permiten ver.

Hemos salido de la rutina, como era la rutina en los tiempos anteriores a la pandemia, y tenemos que aprovechar esta oportunidad para percibir lo que ahora se ha mostrado, así como también para efectuar una especie de gran reseteo, de *reinicialización* de la realidad.

La situación en que nos colocó la pandemia ha durado más de lo esperado, y va a durar, todavía, más de lo esperado, por las características del virus, lo que nos dará una gran oportunidad de alcanzar mayor lucidez sobre algunos aspectos de la vida. Por ejemplo, sobre la posibilidad de identificar mejor lo que realmente necesitamos y lo que no necesitamos. Sería cuestión, por

La autora es antropóloga y activista feminista. Especialista en género, pueblos indígenas y comunidades latinoamericanas, violencia machista, y relaciones entre género, racismo y colonialidad. Este texto es una adaptación de la conferencia Las violencias machistas durante la pandemia: una mirada interseccional que la autora pronunció durante el II Congreso Internacional para la Erradicación de las Violencias Masclistas (26, 27 y 28 de octubre de 2020) organizado por el Instituto Catalán de las Mujeres, para ser publicado en inglés en European Public Mosaic Open Journal -EPuM, Issue 13.

ejemplo, de reevaluar las razones de nuestro consumo y reinstalarnos en el mercado de otra forma.

Hay, por supuesto, otros aspectos, en los que me detuve en mi texto “Todos somos mortales”¹. Uno de ellos es que las medidas de protección que los gobiernos han tomado revelan la realidad oculta de la relación entre economía y política. Ante nuestros ojos se ha mostrado el gran secreto del capital: que la política tiene la llave de la economía, la detiene y la pone a andar cuando así lo decide. Y el mundo no se acaba. Ya lo sabíamos desde el 2008, cuando las deudas hicieron que con un golpe de pluma el estado norteamericano saliera a salvar los bancos. Esa percepción del poder de decisión político frente a las leyes de “para-naturaleza” que los dueños del mundo quieren que atribuyamos a la mecánica del capital tiene o podría llegar a tener consecuencias inauditas.

También vemos ahora que somos parte de la naturaleza, sujetos a los avatares de la historia natural, y no al contrario, como habíamos comenzado a creer. La historia natural no está sujeta al control humano. A pesar de que podemos incidir en ella, nuestra incidencia siempre revertirá en nosotros en última instancia. Somos inescapablemente asujetados por el ambiente que habitamos. Por eso en el mundo andino se dice desde siempre: “la Pachamama no castiga... pero tiene consecuencias”.

Un malentendido que es menester también desarmar es la pueril ilusión de que será posible salvar a algunos y abandonar a otros a la peste, en dependencia del poder adquisitivo de las naciones en que habitan. Toda la humanidad navega en el mismo

“Las medidas de protección que los gobiernos tomaron frente al Covid 19, revelan la realidad oculta de la relación entre economía y política. Ante nuestros ojos se ha mostrado el gran secreto del capital: que la política tiene la llave de la economía, la detiene y la pone a andar cuando así lo decide. Y el mundo no se acaba”

barco. La tierra es nuestra nave. Las regiones del planeta abandonadas a su suerte serán escenario de mutaciones del virus que podrán dar origen a variantes inmunes a las vacunas conocidas, reinfectando los espacios donde la vacunación fue masiva. Se hace indispensable, así, substituir la mirada cortoplacista del capital por una perspectiva de largo plazo y trabajar con una más fuerte e imperativa noción de humanidad común: o concebimos una protección planetaria o nadie podrá protegerse.

Otra realidad que la pandemia deja al descubierto es la medida en que no es posible reducir toda la comunicación al registro puramente verbal. Pensamos que nos comunicamos porque hablamos, pero en la vida compartida por videoconferencia la imagen es una proyección en un plano bidimensional y lo central es el discurso. Percibimos entonces que no es el mero hablar lo que nos comunica. Necesitamos de co-corporalidad, de co-presencia, simplemente un estar-con-los otros, que a veces aflora como una “pulsión de multitud.

La pandemia también trae al primer plano lo que describo como “puertas adentro” o, para usar el vocabulario de los pueblos afro-ecuatorianos, de recordar la gran diferencia entre el “casa-afuera” y el “casa-adentro”. En mis análisis de la estructura de vida comunal, lo que he defendido es que ambos tienen su propia política, su propio estilo de gestión de la vida y su propia politicidad –mientras defino politicidad todas aquellas prácticas y decisiones que aspiran a impactar el destino colectivo.

Por eso he dicho, por ejemplo, que maternar es político. O sea, mucho más que defender que la labor de maternar deba ser un trabajo asalariado, entiendo que debe contar con los recursos necesarios, pero de ninguna forma en términos de asalariamiento, pues es una forma de trabajo

1. Segato, Rita: “Coronavirus: todos somos mortales. Del significante vacío a la naturaleza abierta de la historia”, en *La vida en suspenso: 16 hipótesis sobre la Argentina irreconocible que viene*. 1ed.: Siglo Veintiuno Editores/ Colectivo Editorial Crisis, 2020, p. 83-94.

que no se puede alienar o comodificar: es una faena no comprable, y el salario no es otra cosa que la compra de la mano de obra transformada en mercancía.

Hay, por siempre, en ese amplio campo de faena que incluye el servicio doméstico, las nanas, y también a las educadoras y educadores, una parte de trabajo de cuidado que se puede asalariar y otra parte que no se puede alienar, pero sí se debe resguardar y proteger con los medios necesarios. Es necesario pensar la economía de estos trabajos desde una perspectiva más amplia y, sobre todo, entendiendo cómo el capital y sus lógicas no pueden contenerlos ni sustentarlos.

Ese es un aspecto que el gran escáner de la pandemia deja al descubierto, así como el gran esfuerzo que la pandemia impone a las personas a cargo del cuidado maternal y a las y los educadores por videoconferencia.

Cuidar es político

Cuidar es político. Lo vincular es político. Y lo vincular, el tejer las relaciones es una tarea femenina en el largo tiempo de la historia, en la politicidad del “casa-adentro” de la vida comunal. La pandemia ha expandido la vida “casa-adentro”, o sea, en este otro mundo político, en este otro espacio de gestión de la vida, en este otro ambiente donde conversamos y deliberamos de otra forma entre nosotras, las mujeres, al interior de cocinas abiertas que, a pesar del proceso de nuclearización de las familias propio de la colonial-modernidad, nunca se han terminado de encerrar completamente, que nunca se han terminado de nuclearizar completamente, que nunca se han terminado de transformar en espacios privados, íntimos, aislados entre muros.

Porque ese ha sido el proceso y el rumbo de la colonial-modernización: por un lado, la transformación del espacio político de

“Podríamos aprovechar esta oportunidad para preguntarnos: ¿qué va a colonizar qué? O sea, ¿vamos a permitir que el espacio casa-afuera, que ha englobado todo lo que se pretende político, colonice nuestro mundo y continúe usurpando la politicidad distinta que lo caracteriza y que había quedado oculta?”

los hombres en la “esfera pública” y el Estado, escena de todo discurso que se pretende dotado de politicidad; y, por otro lado, el trayecto que recorrió el espacio donde ha transcurrido nuestra historia de gran profundidad temporal, cuyos modos de funcionamiento dominamos, la gestión de los nudos de relación, congenialidad y convivialidad resultante de nuestro ejercicio de politicidad en un tiempo larguísimo, y que se ha ido progresivamente reduciendo y privatizando, nuclearizando y consiguientemente despolitizando.

A medida que el mundo se fue volviendo individualista, ese espacio de nuestra politicidad se ha visto reducido cada día, a cada hora, de una forma extrema. Y ahí morimos las mujeres, ¿no? Y ahí mueren y son abusados nuestras niñas y nuestros niños también, entre esas paredes cerradas, entre esas cocinas de encierro habitadas por una única persona aislada junto a su reducida familia nuclear, cosa que nunca había existido en el mundo comunal.

Con la pandemia se abren dos escenas. Nos obliga a las madres a cuidar de nuestros hijos y nietos dentro de casa en situación de encierro. Nos obliga también a convivir con los miembros masculinos de estas casas que ciertamente se sentirán incómodos porque no habían percibido algo central: como es trabajoso devolver cada día y cada hora lo que usamos a su lugar. Eso es el trabajo invisible que hemos hecho las mujeres toda la vida.

Como ya Marx lo había notado, las mujeres somos invisibles porque el trabajo que hacemos es invisible: un trabajo reproductivo, donde lo reproductivo no es solamente biológico, es decir, no se trata de reproducir la cría meramente, pero de reproducir el orden diariamente. Eso están percibiendo los hombres que acompañan a las mujeres hoy dentro de casa:

YPF

**Seguimos trabajando desde el primer día
para que cada argentina y argentino pueda
seguir avanzando.**

“Estamos frente a una situación que nos obliga a pensar más de lo que hemos pensado hasta ahora. Porque la pandemia puede ser entendida como un verdadero laboratorio para entender un gran conjunto de cuestiones”

que es un trabajo pesadísimo e invisible. Entonces, una de las oportunidades que la pandemia nos da es dotar de visibilidad el hecho de que, si los hombres se han especializado en la gestión de la vida “casa-afuera” con su *politicidad* propia, ha existido también y aún persiste la gestión de la vida “casa-adentro”, propia del mundo de las mujeres y dotada de un gran poder invisibilizado por el tránsito a la modernidad y la usurpación de toda *politicidad* por el espacio público. La pandemia hace visible la gestión de la vida.

La pandemia visibiliza el carácter político del estar dentro de casa. Y aquí se abre una brecha de futuro interesante. Al mismo tiempo que ese espacio se ha abierto e ingresamos al mundo público del trabajo desde él, desde lo que considerábamos la intimidad, desde lo que considerábamos la privacidad muy bien cuidada de esa vida encapsulada, privatizada, transformada en íntima, el espacio público ingresa dentro de casa, hace su entrada en el espacio doméstico. Se presenta así una de las grandes pulseadas de este momento: ¿es el espacio público que entra en casa o es la casa que se abre y se expande en el espacio público? ¿Quién va a colonizar qué? ¿Es el espacio público que va a colonizar mi vida devorando mi intimidad, o es el espacio doméstico con sus libertades, su tiempo no cronometrado, su creatividad diaria para mantener la vida en pie, para articular su mundo de relaciones solidarias y en lo posible amables a pesar de las diferencias lo que va a entrar y colonizar el otro espacio, el público? Ésa es una de las grandes pulseadas de la pandemia.

Dos espacios políticos

Tomemos conciencia de que hay dos espacios políticos y siempre los hubo. Están dotados de su propia *politicidad* y de su his-

toria propia. Hombres y mujeres no son otra cosa que dos historias, las historias de dos espacios con sus roles propios. Inclusive, en sociedades pre- coloniales, sin estigma al tránsito de cuerpos masculinos hacia el espacio de los roles femeninos y viceversa, hasta que la colonial-modernidad lo cancela y binariza, lo ancla en una naturaleza otra, lo biologiza, como biologizó la posición de los vencidos al crear la adjudicación de raza, que los encasta en una naturaleza otra.

Con el tránsito a la modernidad, el espacio de los hombres pasa a usurpar, a capturar todo lo que se pretende político. ¿Y qué quiere decir político? Aquello que tiene un impacto en la vida y el destino colectivos. Al acaparar todo el significado y representación de “lo político” para el espacio iconizado por el cuerpo masculino, pasa entonces a ocultar el impacto que nuestro papel, nuestro espacio y nuestra historia ha tenido y tiene en la vida colectiva. Nos obliga a olvidar que cuando cuidamos de alguien, lo modelamos, que tenemos a cargo modelar consciencias y sensibilidades, tejer “pieles políticas”, y “pieles éticas”. Entonces, se trata de un trabajo político, pero el proceso de la modernidad nos lo ha ocultado.

Podríamos aprovechar esta oportunidad para preguntarnos: ¿qué va a colonizar qué? O sea, ¿vamos a permitir que el espacio casa-afuera, que ha englobado todo lo que se pretende político, colonice nuestro mundo y continúe usurpando la *politicidad* distinta que lo caracteriza y que había quedado oculta, obliterada, en un punto ciego de la visión? ¿O vamos a tener conciencia y entender que ahora, formas de hacer, formas de hablar, formas de moverse, inclusive la naturalidad de una gestualidad y presentación del yo propias del tipo de gestión que nos

ha permitido anudar relaciones, mediar conflictos, promover la fe en la capacidad de sobrevivir las crisis, las carencias, armonizar, anteponer el pragmatismo a los principios cuando es necesario garantizar la vida, improvisar lo que se podrá comer cuando no hay nada, consolar, alentar y esperar, podrá entonces entrar y colonizar la distancia, la exterioridad, del quehacer considerado político?

La pandemia nos hace pensar también en todas las violencias que se han desatado. El subsuelo violento que brotó, volcánico, a la superficie. Teníamos los indicios, pero los períodos de encierro vinieron a confirmarlo, ya que, como dije, la pandemia hace es que se muestren elementos que permanecen ocultos, aunque activos. Considero que lo que afloró fue la incapacidad masculina de soportar la frustración, de tramitar introspectivamente lo que nos frustra. La subjetividad masculina

se encuentra vulnerada por el imperativo narcisista de forclusar la falta, de no reconocer la ausencia materna. Aprender a no sentir la carencia que resulta del trayecto edípico es mandatorio para la construcción de la masculinidad. Por eso decimos que el sujeto masculino es narcisista en el sentido de omnipotente porque incapaz de localizar su *incompletud*. Esa omnipotencia, que es también performática, tiene como efecto la formación de una personalidad deficiente cuando se trata de tramitar íntimamente la frustración.

Cuando hablo de la diferencia entre la gestión casa-afuera y la gestión casa-adentro, también estoy hablando de dos maneras de estar en el tiempo. El tiempo doméstico, el tiempo de la casa, es el tiempo de las comidas y los sueños, que ha venido siendo cada vez más controlado e invadido, más colonizado por el tiempo cronometrado de la burocracia y la productividad-pulseada

“También vemos ahora que somos parte de la naturaleza, sujetos a los avatares de la historia natural, y no al contrario, como habíamos comenzado a creer. La historia natural no está sujeta al control humano”

**TRATAMIENTOS
INTERDISCIPLINARIOS
PARA PERSONAS
CON DISCAPACIDAD
CATEGORIZADO POR
LA AGENCIA NACIONAL
DE DISCAPACIDAD**

Av. Rivadavia 4684 - CABA
Tel. 4901-7800
Av. Córdoba 3534 - CABA
Tel. 4862-0204
Av. Pte. Perón 1045
San Fernando - Bs. As. Tel. 4725-5195
Dr. Eizaguirre 2431
San Justo - Bs. As. Tel. 4651-2153
www.cermisalud.com.ar
cermisalud@yahoo.com.ar



CERMI SALUD S.A.
Centro de Rehabilitación Médica Integral

MIEMBRO FUNDADOR DE CEMARID
Cámara de entidades médico-asistenciales
de rehabilitación interdisciplinaria de la discapacidad

entre el tiempo cronometrado y el tiempo existencial. Existe ese otro tiempo, que necesitamos y ésta sería una oportunidad para identificarlo y retenerlo: un tiempo de introspección y reflexión, de pensamiento. ¿Qué necesitamos realmente, más consumo o más vínculos?

Hay sociedades que se han lanzado sin reservas al “proyecto histórico de las cosas”, y ven en la adquisición la culminación de un destino exitoso, su meta de satisfacción o felicidad. Tienden con esto a transformar la vida en cosa, los cuerpos en cosa y sus propios sujetos resultan asujetados como cosas, sujetos-cosa –muertos y modelados por la matriz psicopática de la dueñidad y su pulsión de adueñamiento. El aumento de las perversiones en el uso y descarte del cuerpo de las mujeres y los niños, marca perversa de la sexualidad contemporánea, es un efecto de la cosificación de la vida con su “pedagogía de la crueldad”. Estamos viendo ante nuestros ojos la transformación de la sexualidad humana como nunca antes en una sexualidad cosificadora y consumista. Violación y consumición son nociones asociadas, no olvidemos que a través de la lengua inglesa llegamos a la idea de violación como rapiña –*rape*. Esto tiene que ver con el momento casi final y apocalíptico del proyecto histórico de las cosas y de la cosificación de la vida que estamos viendo suceder bajo nuestros ojos en esta fase histórica. Pero persiste en el medio comunal y en los jirones de comunidad que aún hoy continúan su camino en las cocinas de algunas metrópolis, un proyecto histórico de los vínculos, dirigido a otra meta, guiado por concepciones otras de bienestar y felicidad pues coloca los vínculos como meta insustituible: estar, permanecer juntos, hacer la fiesta, festejar, cultivar la reciprocidad. Entonces, hay sociedades que invierten - gastan - víncu-

los para obtener cosas, y otras que gastan cosas para consolidar vínculos.

Esa diferencia se encuentra asociada a la manera de habitar el tiempo. El proyecto histórico de las cosas tiene por detrás, necesariamente, un tiempo cronometrado y productivista. Y el proyecto histórico de los vínculos se sustenta en un tiempo existencial en el que la introspección, el estar consigo mismo y con los otros, y en un tiempo de ocio no mercantilizable, es decir, no infiltrado por la mercancía cultural tan bien explicada por Eric Hobsbawm cuando analiza el pasaje de la cultura a era industrial. El ocio del que hablo, cultivado en comunidad, es un ocio del estar con, a veces organizado por la actividad ritual, lúdica o artística colectiva. Existe una tremenda tensión entre el tiempo cronometrado del productivismo, que es el de casa-afuera, el de la burocracia y el trabajo alienado, que en tiempo de pandemia presiona para intrusonar en ese otro espacio e intervenir su tiempo de relación, de conversación, de comensalidad; su tiempo creativo, que no es un tiempo cronometrado ni puede serlo.

Esa diferencia en la forma de habitar el tiempo debería ser entendida muy especialmente por quienes llevamos una vida de universidad: creatividad y productividad no son la misma cosa porque productivismo y creatividad son criaturas de tiempos antagónicos. Y en tiempos de pandemia, así como se da una pulseada entre el espacio público que entra en casa, y el espacio doméstico que sale al mundo, también se verifica la tensión entre el tiempo cronometrado y productivo y el tiempo del orden comunal. Nombrarlo es importante para que entendamos que estamos frente a dos alternativas y podemos elegir y promover, tomar partido en la contienda. 

“Persiste en el medio comunal y en los jirones de comunidad que aún hoy continúan su camino en las cocinas de algunas metrópolis, un proyecto histórico de los vínculos, dirigido a otra meta, guiado por concepciones otras de bienestar y felicidad pues coloca los vínculos como meta insustituible”